

Ejecución macabra

Víctor Bravo Mendoza⁶⁸

Escritor y poeta

Sí, así ocurrió. Sí, fue siete años después de la matanza que ordenara el teniente Jerfo. Desde entonces, en la entrada única y polvorienta del pueblo, funcionaba ese retén. Sí, era el camión de Benito Upaima. Sólo pasaba agua y alimentos en ese camión, previa autorización del comandante Aquitino, claro. Sí, Benito Upaima era el dueño. Sí, todavía vivía en mí, esa afición por las perlas. En todos nosotros existía esa afición. Por eso, cada año y para la misma fecha regresábamos al mismo sitio donde se sucedieron los hechos. No, ese día no fue en el camión de Benito. Ese día llegó un viaje diferente. Eran músicos y cantores de *jayechi*. Llegaron, para que cesara la violencia, a rendirle culto a *kashi*. Sí, así fue. Terminada la requisa, el comandante Aquitino lanzó cinco limones al aire, desenfundó el revólver y a tiros los hizo añicos.

Mientras yo permanezca en este retén, a Solopúm no entra nadie; menos a rendirle ceremonia a una luna pendeja dijo.

Después ordenó decomisar los instrumentos de música y efectuado el decomiso, obligó al chofer dar arranque al vehículo.

A esos '*cabritones*' de Solopúm hay que dejarlos morir de puro aburrimiento gritó, soltando grandes risotadas.

Y como otra exhibición de triunfo, en un trupillo, que frente al retén mostraba su intrincado ramaje, ordenó amarrar los instrumentos de los músicos tristes, de tristezas inevitables por lo ocurrido. Sí, supongo que cuando el día en su última hornada había robado el rojo fulgor de las iguarayas para depositarlo allá donde un sol grande se ahogaba entre olas, los nativos de Solopúm, alimentaban un coraje que exhalaba negras venganzas. En la noche ocurrió el hecho. El comandante y los Agentes del Orden al servicio del Gobierno Central, asistieron a una ejecución macabra. Un agudo *jayechi*, acompañado por filosos sonidos de *talirai*, *tüurumpa*, *totoroyoi*, *maassi*, *wawai* y *kaasha*, retumbaba en los oídos de los Agentes

68 Nacido en Distracción, La Guajira, Colombia. Director del Taller de escritura creativa "Cantos de Juya -dios de la lluvia-". Renata, La Guajira, Ministerio de Cultura desde 2006. E-mail: vibram2@hotmail.com

del Orden. Era como si las soledades de los arenales de olvido de Solopúm, se levantaran de sus silentes solemnidades para ejecutar con el viento, en forma de céreas figuras y desde el intrincado ramaje del trupillo, aquella macabra ejecución musical. Al amanecer, el comandante Aquitino y sus agentes fueron cubiertos con cueros de cabritos por Benito Upaima. Los encontró desnudos y contorsionados, como si hubieran bailado una *yonna* de epiléptica locura. Sí, estoy tan seguro, como si todo hubiera ocurrido hoy. Yo fui uno de los ejecutantes de aquellos instrumentos, víctima de la matanza que el comandante Aquitino ordenara para quedarse con nuestro cargamento de perlas. Los amadises, también están enterrados en este mismo cementerio, ¿sabes? Sus tumbas son esas dos donde permanecían unos pocillos de peltre con agua. Los dejaba sobre las tumbas la Cándida Érendira por orden de la Abuela desalmada para que los amadises calmaran su sed. La abuela siempre le estaba dando órdenes, y Érendira, respondiéndole: “*Sí, abuela*”.

“Antes de acostarte fijate que todo quede en perfecto orden, las cosas sufren mucho cuando no se las pone a dormir en sus puestos.”

“Sí, abuela.”

“Y si vienen los amadises avísales que no entren dijo la abuela, que las gavillas de Porfirio Galán los están esperando para matarlos.”

Hasta que murieron los amadises. No. Amadís padre, murió de fiebre. A Amadís hijo, lo maté yo mismo; a puñaladas.